

PINJANTE

En los clásicos diccionarios de términos artísticos se define pinjante como adorno que cuelga de la parte superior de una fábrica y también como joya o pieza de oro, plata u otro material que se trae colgando para adorno. Pero, con el mismo término se designa además a todos los adornos metálicos que forman parte del arnés del caballo, y que también se conocen con la voz de origen árabe, jaez.

Este tipo de pieza solía ir colgada de los diferentes correajes que componen la guarnición o aperos de las caballerías, o insertados en ellos por medio de remaches. Según las referencias documentales conocidas y las representaciones artísticas de la época que se conservan, irían colocadas en las cabezadas, el petral y los correajes de delante y detrás del caballo. En ocasiones, los de menor tamaño se usaban en cetrería en las pihuelas de los halcones y en los collares de los perros. Además de servir de adorno y como certificado de propiedad de una familia concreta, eran portadores de un alto valor simbólico y de prestigio y, según su forma, atribuían una perfección o virtud a quien los llevaba, en el caso del caballo, el vigor y la velocidad.

El uso de elementos metálicos para los arreos de los caballos se remonta al mundo antiguo pero es durante la época medieval cuando se convierte en una moda común en toda Europa y muy extendida por los reinos cristianos peninsulares. Los talleres de Cataluña, Valencia, Aragón y Castilla fueron los centros de producción más importantes de la península. Paralelamente, el mundo árabe desarrolló su fabricación con características particulares, aun que la influencia de sus temas ornamentales en las piezas de los talleres cristianos resulta evidente, como en tantas otras manifestaciones artísticas.

Su utilización y origen es tan antiguo como la domesticación del caballo, podemos rastrearla en múltiples representaciones de diferentes culturas. Son frecuentes en la cultura Sasánida, en vasos griegos, en monumentos romanos, en marfiles bizantinos, en beatos o miniaturas, en fin, son muchas y significativas las referencias artísticas y literarias donde aparecen representados o citados.

Los museos españoles como el Arqueológico Nacional, el Museo Federic Marés o el Museo Episcopal de Vic conservan magníficas colecciones

comparables a las del Museo de Cluny en París. No obstante, al ser la mayoría de las piezas producto de un afán coleccionista muchas de ellas no tienen procedencia, y mucho menos son el producto de una excavación científica.

Por lo que la pieza que hoy presentamos resulta muy interesante para fijar cronologías y contextualizarlas, ya que fue encontrada en el transcurso de la excavación llevada a cabo por Alfredo Seara en 1987 con motivo de la remodelación y acondicionamiento para plaza del solar de las Burgas; lugar caliente y mimoso, donde, como las aguas que afloran en un incesante manantial, surgió el germen del que sería la ciudad de Ourense. Según el director de la excavación, el espacio explorado estaba bastante alterado, con todo pudo establecer claramente varios horizontes culturales: un primero, compuesto por tierras de relleno traídos de otras partes de la ciudad, y un segundo nivel, donde se engloban varios siglos de época medieval y moderna que proporcionó abundante cantidad de formas cerámicas decoradas con incisiones y motivos digitados y varias monedas datadas entre los siglos XIII y XIV, y junto a ellas, en el mismo nivel, este hermoso pinjante realizado en cobre y recubierto con pan de oro. En él aparece, en forma de busto el retrato de un rey coronado y mirando a la izquierda a la manera de los cornados de Sancho IV o los doblas de 35 maravedíes de Pedro I. El perfil del rostro y los rasgos, así como el cabello, la decoración de la corona y los ropajes están conseguidos por medio de líneas incisas y punteados. Lleva en la parte inferior una leyenda en caracteres góticos que comienza con un signo en forma de corazón (símbolo del amor) y varias letras de las que sólo pudimos descifrar cuatro, O O NA. Conserva restos de la policromía roja del esmalte en las partes rehundidas y pasta vítrea de color verde en la bolla que remata la corona, y traslúcida y ámbar en las líneas incisas que enmarcan la leyenda. Como es usual en este tipo de piezas, la cara interna es totalmente lisa. Presenta, en el extremo superior por encima de la corona, una prolongación en vertical con un agujero central para poder colgarlo.

Se conocen faleras y pinjantes de bronce de época romana procedentes de excavaciones, pero los hallazgos medievales son escasos. Tenemos noticias de uno encontrado en el año 2007 en el depósito almohade de Puig de Santa Morisca en Mallorca al parecer perteneciente a un caballero de Jaime I que debió participar en la conquista de Mallorca. Nuestro colgante por su riqueza y originalidad pensamos que también pudo ser perdido por un importante caballero, que de momento no sabemos identificar.

Como ya dijimos, fue a lo largo de toda la Baja Edad Media cuando su uso se popularizó y demandó un tipo de producción más o menos en serie. En este contexto de casi industrialización los temas iconográficos serán muy variados, pero también recurrentes. La representación con escenas cuyo principal protagonista es la figura humana abarca una temática muy amplia. Desde escenas profanas hasta religiosas. Los episodios de caza con jóvenes portando halcones, los lance de caballería, las damas enamoradas en la puerta de una torre o aquellas otras donde la figura femenina, representada en actitud de arenga, admonición o aviso, fue interpretada como la representación de la Magna Mater, símbolo de la patria, haciendo referencia, en un contexto guerrero, a la fidelidad y la lealtad, están ampliamente representadas. Los de temática religiosa, no por comunes resultan menos interesantes. Son frecuentes los que tienen un ángel como teniente de un escudo, los de la Anunciación con el florero con los clásicos lirios o la cruz de San Andrés. También, como en otras manifestaciones de las artes góticas la epigrafía jugará un papel fundamental, no sólo de forma aislada sino como elemento definitorio. Pueden hacer referencia, cuando se usan iniciales o anagramas a la dama o el caballero propietario del caballo o simplemente ser meras comparsas de acompañamiento de otros elementos decorativos. Cuando son de carácter religioso lo más común es que aparezca el anagrama de IHS, o la salutación del ángelus AVE MARIA. Otras veces, ya sea por el deterioro de la pieza o por la complejidad de la frase resultan de difícil interpretación.

Es también considerable el número de piezas con iconografía de animales, tanto aislados como entre frondosos follajes. Son numerosas las colecciones que tienen piezas con representación de aves, palomas afrontadas o águilas con las alas explayadas que pueden representar su poder depredador o ser simples evocaciones de la vida campestre. Los leones, como símbolos de poder y soberanía, o el perro, como lo mejor amigo del hombre, pueden portar en la boca una filacteria con el lema LEAL SOY, o ir acompañado por distintas leyendas. Son abundantes también los temas heráldicos: castillos, divisas y colores. Estos elementos por el común perdieron todo su significado y pasan a ser un mero elemento decorativo. Sólo cuando las piezas responden a encargos de familias nobles que desean dejar constancia de su poder, los diferentes elementos recobran su verdadero significado, acentuado por la riqueza del material y calidad de lo cincelado.

Igual de ricas y variadas son sus formas, tantas como imaginación tenga el demandante y el artífice: circular, estrellados, lobulados, triangular o en creciente luz de luna. Tanto en las formas como en los temas y en la manera de tratarlos es evidente el influjo oriental, mezclado en la mayoría de las ocasiones con elementos propios del gótico. Lo mismo que en los marfiles y monedas medievales los elementos decorativos aparecen enmarcados por círculos festoneados, gabletes, cenefas y arquitecturas góticas.

La mayoría de estas piezas están realizadas en cobre sobredorado o en su color natural, dejando el reverso sin decorar; pero para los más ricos jaezes podían utilizarse plata, oro e incluso piedras preciosas como queda reflejado en la Crónica Incompleta del reinado de Fernando I de Aragón que dice... " y él otro a caballo, a la gineta, con un jaez tan rico que las encaladas y estriberas... en todo de oro de martiño... ". Los instrumentos empleados en su decoración son el buril y el cincel. En ocasiones se enriquecen con esmaltes aplicados con el procedimiento del excavado con ricos colores. El caso era embellecer y personalizar el caballo, en un mundo donde la figura de este animal llevó a un rey a desear cambiar su reino por un caballo.